



NIETZSCHE VS ORTEGA

EPISTEMOLOGÍA

Nietzsche y Ortega establecen epistemologías muy diferentes, incluso opuestas, sobre bases muy semejantes. Ambos afirman que el conocimiento conceptual deriva de las necesidades vitales de los individuos, ambos consideran que todo conocimiento es situado e histórico y por ello que es imposible un conocimiento absoluto. Pero mientras que Nietzsche considera que esto implica un total relativismo, Ortega defiende que incluso en esas circunstancias es posible un conocimiento racional objetivo, si bien no absoluto ni definitivo.

Nietzsche parte de la negación del antiguo supuesto racionalista según el cual el pensamiento (y el lenguaje) representa la realidad, y por el contrario considera que los conceptos del racionalismo son creaciones humanas que se basan en las necesidades de supervivencia del ser humano: la realidad es devenir y variabilidad, es particular, y los seres humanos necesitan encontrar algún orden en ese cambio constante, ante todo por razones sociales, ya que precisan comunicarse entre ellos. Del mismo modo, Ortega considera que la razón no es una característica originaria del ser humano, sino que dicha razón es construida poco a poco por los seres humanos cuando se enfrentan a problemas que no pueden resolver por medio de sus instintos o sus “creencias”. Ortega denominará “beatería racionalista” a la ingenua creencia de los racionalistas en que la realidad se acomoda a sus construcciones racionales, que la realidad es toda ella racional, cuando según Ortega la racionalidad se fundamenta en un substrato que no es en sí mismo ni analizable ni racional. En ambos casos, por tanto, la razón se basa en una realidad más básica, la “vida”, y no al contrario. En ambos casos la auténtica realidad es particular y cambiante, y la imagen racional que tenemos de ella una construcción adaptativa creada por el hombre.

Sin embargo, encontramos importantes diferencias en la descripción del proceso histórico por el que se forma dicha racionalidad y sobre todo en la valoración del mismo. Para Nietzsche, la Razón que ha dado lugar a la metafísica idealista es producto de una inversión de

valores que debe a su vez ser invertida de nuevo: aquellos que sienten resentimiento ante la vida, que no pueden aceptar su aspecto negativo y cambiante (con Sócrates como principal ejemplo) rompieron el equilibrio entre vida y concepto (entre lo dionisiaco y lo apolíneo) que representaba la tragedia griega, para generar una imagen del mundo en la que lo conceptual se convertía en lo más real, negando lo instintivo, lo cambiante, el deseo, etc. Ortega, sin embargo, no concibe el proceso de una manera negativa, sino que al contrario lo describe como un descubrimiento sucesivo y acumulativo (al fin y al cabo, como un “progreso” que no aceptaría Nietzsche): según Ortega, cuando el ser humano se encuentra ante problemas que no puede resolver, pone en cuestión aquello que le parece obvio (sus “creencias”) y aparecen de este modo las “ideas”, es decir, pensamientos conscientemente creados y que pueden ser discutidos racionalmente. El paso de “creencias “ a “ideas” supone una evolución, ya que lo que ha sido cuestionado no puede volver a ser creído ingenuamente. Ortega concibe este desarrollo como tres etapas sucesivas a través de las cuales van generándose la razón pura, la razón histórica y la razón vital. De este modo, la “razón pura” no se ve como algo a eliminar, como creía Nietzsche, sino como algo a completar: Ortega no pretende volver atrás (algo imposible, por otra parte, según su teoría) a un modelo anterior, sino que persigue una contextualización de la razón pura que fundamente esta en las otras dos razones (histórica y vital) y que limite así las pretensiones absolutistas del racionalismo. De todos modos, habría que matizar estas diferencias respecto a la valoración de la razón (supresión según Nietzsche, contextualización según Ortega): de hecho, Nietzsche valora la ciencia positiva como un avance respecto al racionalismo idealista y metafísico, aunque advierte que esta ciencia es sólo una imagen de la realidad, y no la realidad misma, e insiste en que debemos evitar que se convierta en un punto de vista absoluto, como ocurrió con el antiguo idealismo. Ortega también acusa a la ciencia moderna de haber caído en el error de confundir su punto de vista con la realidad (la “beatería racionalista”) y como Nietzsche, considera que la base de este error es la matematización iniciada con la revolución científica moderna, que produce la ilusión de que la realidad tiene la misma estructura que nuestra razón, esto es, que las matemáticas (que son una creación del sujeto). Por tanto, en ambos casos hay una valoración positiva de la ciencia moderna, así como la advertencia de que esta no coincide con la realidad, y en ambos casos se establecen límites que impidan que dicha ciencia acabe convirtiéndose en una nueva metafísica idealista. La diferencia entre ambos autores es, por tanto, más bien una cuestión de énfasis, aunque este distinto énfasis se fundamenta a su vez en una diferencia profunda: mientras que Nietzsche concibe las transformaciones del pensamiento como motivadas por cuestiones éticas (los valores y sus sucesivas inversiones), Ortega las concibe como resultado de necesidades propias del conocimiento (los problemas que no pueden resolverse). El punto de vista de Nietzsche, al enfrentar dos sistemas de valores irreconciliables (la moral de señores y la moral de esclavos) elimina la posibilidad de contemplar los cambios como acumulativos, mientras que el punto de vista de Ortega implica justamente lo contrario, ya que cada problema que resolvemos aumenta nuestra conciencia y racionalidad, y sirve de base para el planteamiento del siguiente problema.

Esta diferencia se hace patente también en la visión que ambos autores tienen de la parcialidad. Tanto Nietzsche como Ortega consideran que todo conocimiento es histórico, situado, y dependiente de los intereses del sujeto,, y ambos afirman que es imposible un

punto de vista absoluto, externo a los cambios históricos o a los individuos particulares. Pero Nietzsche concibe esa particularidad del individuo como valores enfrentados, lo cual implica la imposibilidad de una síntesis de los mismos, mientras que Ortega, empleando una metáfora visual, los concibe como puntos de vista diferentes pero simultáneos, que pueden por tanto sintetizarse en una visión más completa (y en este sentido, se parece mucho más a Hegel que a Nietzsche). Aunque ambos conciben el desarrollo histórico como “lucha” (entre valores de individuos, para Nietzsche, entre generaciones para Ortega), la de Nietzsche es una lucha sin fin por la supervivencia, mientras que la de Ortega es más bien como una lucha política, parlamentaria, en la que se puede llegar a soluciones de compromiso.

El perspectivismo de Ortega implica también que el punto de vista del sujeto no deforma la realidad, sino que tan solo la selecciona, y por tanto al tiempo que rechaza las nociones absolutas, defiende la objetividad, definiendo la verdad como simplemente “parcial”, “incompleta”. Para Nietzsche, por el contrario, todo lo que consideramos “verdades” no son sino deformaciones que nosotros producimos sobre la realidad. Nietzsche explica esto planteando que todos nuestros conceptos proceden de las metáforas, y que estas no son una selección de la realidad, sino una estructura ajena a esta, un antropomorfismo, que nosotros proyectamos sobre dicha realidad. Esas “verdades” no tienen nada que ver con la objetividad, sino con los valores y necesidades del sujeto, y por ello Nietzsche considera, siguiendo un criterio muy pragmático, que pueden aceptarse como verdaderas aquellas afirmaciones que benefician la vida (o sea, la voluntad de poder del sujeto) pero que son, de todos modos, errores. Ortega también trata de la metáfora en sus escritos, y la considera como una creación del sujeto que, a partir de alguna semejanza parcial, poco relevante, afirma la identidad de dos realidades que son desemejantes. Con ello, el sujeto “desrealiza” los objetos implicados en la metáfora (los hace “no reales”) y produce un sentido, algo nuevo que no existe en la realidad, sino que procede del sujeto. Como puede verse, la imagen que tiene Ortega de la metáfora es muy parecida a la que tiene Nietzsche: la diferencia fundamental reside en que Ortega concibe la metáfora como un proceso que crea sentido en un “objeto estético”, en un “lugar sentimental”, y que no guarda relación directa con el conocimiento o la racionalidad. Ortega, por tanto, concibe la metáfora como un fenómeno artístico, separado de los conceptos, en lugar de cómo origen de estos. La concepción de Nietzsche acerca de la metáfora es muy similar, pero Nietzsche pensaba que el arte era precisamente la forma en que podríamos acercarnos más a la auténtica realidad (la única forma de metafísica posible), mientras que Ortega mantiene la razón conceptual como el modelo de conocimiento por excelencia (aunque deba ser limitado y contextualizado). De nuevo nos encontramos en estos dos autores con descripciones muy semejantes y valoraciones muy diferentes.

La concepción que ambos autores tienen de la verdad se evidencia claramente en el uso que hacen de “Dios” como símbolo de la verdad. Para Nietzsche, Dios representa el punto de vista único, ahistórico y absoluto del idealismo y el racionalismo, es decir, representa la “Verdad” con mayúsculas que se identifica con todos los conceptos supremos (el Ser, el Uno, la Substancia, etc.), y como tal, debe ser suprimido, puesto que es el símbolo por excelencia del rechazo de la vida, el devenir y la multiplicidad. En lugar de centrarse en la unicidad del concepto de Dios, Ortega se basa en su ubicuidad (está en todas partes a la vez) para hacer de

Dios el símbolo no del punto de vista absoluto, sino de la suma de todos los puntos de vista particulares, con lo cual Dios, en lugar de ser símbolo del rechazo a la vida, es símbolo de la aceptación de la infinita variabilidad de esta. Además de reflejar sus respectivas actitudes ante la religión (ateísmo militante en el caso de Nietzsche, simple agnosticismo en el de Ortega), esta utilización del símbolo "Dios" (considerado en ambos casos no como un ente real, sino sólo como un concepto) representa sus posturas epistemológicas: en el caso de Nietzsche, la pretensión de una verdad completa no es sino una falsificación, ya que es imposible reunir los diversos puntos de vista, vinculados a los intereses particulares (y cambiantes) de los sujetos, en una concepción del mundo más abarcante; en el caso de Ortega, que acepta la posibilidad de sintetizar puntos de vista diferentes, parciales pero objetivos, "Dios" es el símbolo de un ideal que no se puede alcanzar, pero al que es posible aproximarse (como en Kant o en Hegel, dos autores que también concibieron el conocimiento de un modo sintético y que consideraron a Dios como un ideal que representaba el punto al que tendía el desarrollo del espíritu humano).

METAFÍSICA

Tanto Nietzsche como Ortega rechazan la metafísica idealista tradicional, que identificaba lo real con lo permanente e inteligible. Ambos van a concebir la realidad como cambio constante, como variabilidad, y en definitiva como "vida". Sin embargo, el objetivismo que defiende Ortega en el campo de la epistemología, y que se encuentra totalmente ausente en la obra de Nietzsche, va a suponer una gran diferencia en la concepción que ambos autores tienen de dicha realidad vital.

Respecto al sujeto, los dos rechazan la concepción de un sujeto substancial propia del racionalismo idealista (como el alma racional de Platón, la res cogitans de Descartes o el sujeto trascendental de Kant), y ambos consideran que el sujeto es una realidad cambiante, histórica, en la que no existe un núcleo permanente que pueda identificarse con su esencia. A pesar de estas semejanzas, hay diferencias de matiz bastante importantes en la imagen que tienen del sujeto Nietzsche y Ortega. Nietzsche niega la existencia del sujeto porque niega la existencia de cualquier substancia y considera a cualquier noción de permanencia como un falseamiento de la realidad producido por el conceptualismo. Ortega afirma que el ser humano no tiene naturaleza, sino historia, es decir, que no tiene una esencia fija y que por eso no se le pueden aplicar las categorías que empleamos para las cosas (por eso Ortega sustituye las categorías del racionalismo, tanto las de Aristóteles, centradas en el objeto, como las de Kant, centradas en el sujeto, por las categorías vitales). Pero con ello, Ortega está al tiempo a firmando que a las cosas sí pueden aplicárseles esas categorías. La doctrina de Ortega no supone por tanto un rechazo tan radical de la permanencia como la de Nietzsche. Para Ortega, existe una realidad objetiva que puede ser conocida y que aporta verdades universales y definitivas (por tanto, permanentes) aunque sean solo parciales. Esa parcialidad proviene de las características del sujeto, ya que todo acto de conocimiento es situado e implica una perspectiva, pero la realidad en sí misma (el cosmos, no el mundo) sí tiene características permanentes (aunque no podamos acceder a todas ellas). Nietzsche, sin embargo, llega a afirmar que tan sólo la acción

es real, y que en consecuencia todas las “substancias” (las “cosas”) son ficciones que creamos a causa de nuestras necesidades vitales. Por tanto, mientras que Nietzsche defiende una metafísica basada en el devenir, Ortega limita ese devenir al sujeto, y parece admitir que existe una diferencia entre el sujeto histórico y el resto de la realidad, aunque en la práctica sólo podamos acceder a dicha realidad de una manera histórica (y por tanto cambiante). Aunque Ortega se centre en lo vital, en el fenómeno, porque es la realidad que nos “ocupa”, (el Mundo) admite al mismo tiempo la existencia de una realidad nouménica (el Cosmos), algo objetivo que conocer.

A la hora de explicar como el sujeto genera los valores y representaciones que constituyen la cultura (y dentro de ella, el conocimiento), también encontramos diferencias de matiz entre Nietzsche y Ortega. Para Nietzsche, todas esas representaciones proceden de la voluntad de poder, entendida como una tendencia irracional expansiva que se encuentra a la base de toda vida y que es común al conjunto de la realidad. Esta no es una voluntad libre que sea poseída por el sujeto, algo cuya existencia Nietzsche niega explícitamente, sino más bien algo que nos ocurre: nosotros estamos constituidos por la voluntad de poder, somos su resultado, y no a la inversa, lo cual no es sino una expresión más de la concepción que tiene Nietzsche de la realidad como constituida por acciones, y no por sujetos. El modelo de Ortega también supone que el sujeto pierda su sustancialidad y que se considere que este no tiene una esencia fija, pero no llega a los extremos de Nietzsche, y al contrario que este afirma la libertad (aunque no total), siguiendo una línea muy semejante a la de la corriente existencialista. La concepción que Ortega tiene de la relación del sujeto con el mundo es, como ocurre con casi todas sus doctrinas, una síntesis entre ambos aspectos. Esta síntesis está expresada en primer lugar en su cita más famosa, “yo soy yo y mi circunstancia”, según la cual nuestra individualidad no está constituida por una esencia fija (el “sujeto” tradicional) sino que se forma en interrelación con una situación (mi circunstancia) que a su vez resulta modificada por mí: por tanto, el yo modifica el Mundo (la imagen que tenemos de la realidad) y este a su vez modifica el yo, con lo cual esté se rehace a sí mismo continuamente. Como puede verse, Ortega coincide con Nietzsche en afirmar que la percepción que tenemos de la realidad depende del sujeto, y al mismo tiempo que este no es una substancia fija, pero su planteamiento parece dotar de mayor entidad al sujeto de la que Nietzsche le concedía. Este sujeto, para Ortega, no es simplemente el resultado de una voluntad irracional, de la acción, sino un elemento que se transforma en interrelación con la realidad. No tiene por tanto la entidad y permanencia del sujeto del racionalismo idealista, pero tampoco es simplemente el efecto de la voluntad. De nuevo, Ortega se posiciona a medio camino.

Las implicaciones de esta diferente concepción de la relación del sujeto con la realidad pueden verse claramente en las categorías vitales de Ortega. En ellas Ortega intenta describir la “vida”, que en su doctrina es la realidad más básica de la que parte todo (es decir, el papel que en la obra de Nietzsche tenían la voluntad de poder y el eterno retorno). Esa categorías implican como ya hemos dicho que el sujeto es situado e histórico, y que su existencia implica una tendencia a cumplir sus deseos (en esto coincide con Nietzsche). Pero al explicar cómo hace esto el sujeto, Ortega supone que ese sujeto es en parte libre y en parte limitado (por sus circunstancias), y que tiene una finalidad que implica una proyección hacia el futuro. Esa

finalidad no es teleológica en el sentido idealista, ya que no se tiende hacia un fin predeterminado inscrito en la esencia, sino que dicho fin cambia continuamente al transformarse el sujeto, y de nuevo aquí Ortega coincide con Nietzsche. Pero a pesar de estas semejanzas, el planteamiento de Ortega le supone un grado de libertad al sujeto que Nietzsche le niega, y una direccionalidad pasado-presente-futuro que es opuesta al concepto de eterno retorno de Nietzsche, que precisamente tenía la intención de eliminar la proyección al futuro y sustituirla por una vivencia del puro presente. Son dos concepciones muy relacionadas, pero de nuevo la postura de Ortega es más moderada que la de Nietzsche: el sujeto no tiene una esencia que cumplir y sus tendencias varían con sus circunstancias, pero el sujeto de Nietzsche no tiene control alguno sobre ellas, sino que está dominado por la voluntad de poder, mientras que el sujeto de Ortega parece conservar un resto de libertad, que se corresponde con la mayor entidad que le concede Ortega.

A su vez, esto implica dos concepciones de la historia bastante diferentes. El eterno retorno de Nietzsche supone que no existe progreso de ningún tipo, y por lo tanto que la historia no se dirige a ninguna parte sino que consiste meramente en un cambio constante sin sentido objetivo alguno. Ortega, por el contrario, concibe la historia de una manera algo más hegeliana, como una sucesión de síntesis en las que las perspectivas de cada pueblo, época y cultura son superadas por las perspectivas posteriores, que pueden eliminarlas porque las engloban. Hay, por tanto, progreso, como podría esperarse ya que Ortega considera que existe conocimiento objetivo y acumulativo. Aunque para Ortega no es posible la síntesis final (es solo un ideal al que se tiende, pero en todo momento lo único que tenemos es una perspectiva, más o menos amplia, pero nunca un punto de vista absoluto), si es posible una direccionalidad en la historia, la tendencia hacia síntesis cada vez más abarcales. Ante esta diferencia, se entiende la diferente valoración que los dos autores hacen de los “errores” del pasado: para Nietzsche constituyen una inversión de valores que simplemente hay que eliminar, para Ortega momentos valiosos en la historia de la humanidad que deben ser englobados en nuevas síntesis (y por tanto superados), más que simplemente erradicados.

Por último, todo esto repercute en la visión que ambos autores tienen de la sociedad. Aunque los dos diferencian entre aquellos que se conforman a lo establecido y que no se hacen cargo de sus propias vidas (la “masa” en ambos casos) y aquellos que son creativos, asumen su vida y proponen valores nuevos (el superhombre en el caso de Nietzsche, la minoría de vanguardia en el de Ortega), las relaciones entre ambos y su papel histórico son muy diferentes en uno y otro autor. Ortega concibe a la minoría de vanguardia como el motor de los cambios sociales, políticos, intelectuales, etc., ya que las “ideas” de la minoría de vanguardia serán las creencias de las masas de las futuras generaciones, lo cual implica, por supuesto, una concepción progresista de la historia. Para Nietzsche, por el contrario, el superhombre se ocupa tan sólo de su propia voluntad de poder, y no se relaciona con la masa de ninguna manera, ni siquiera como su inspirador. Esto muestra claramente el mayor individualismo de Nietzsche: mientras que para este el sujeto del cambio histórico es el individuo (el superhombre) para Ortega lo es la generación, algo a medio camino entre el *volkgeist* de Hegel y el individualismo extremo de Nietzsche.